

Ayudar a la memoria. El uso de planos históricos y de fotografías aéreas en la etnografía de la vivienda urbana¹

Claudia C. Zamorano Villarreal

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Tlalpan

RESUMEN: Reflexionando sobre algunas limitaciones de la entrevista y la observación directa como herramientas privilegiadas de la etnografía, ponemos a prueba la utilidad de fotografías aéreas y documentos de archivo como fuentes alternativas para una etnografía de la vivienda urbana. Nos centramos en el caso de una familia del Distrito Federal y su vivienda, en cuyo análisis combinamos cinco técnicas: multi-entrevista, observación directa, análisis de planos históricos e interpretación de cinco fotografías aéreas tomadas entre 1950 y 1999.

ABSTRACT: After a reflection upon the limited range of ethnography's paramount tools (the interview and direct observation), I attempt to explore aerial photographs and archival documents as alternative sources to elaborate an ethnography of urban dwelling. My case study is a family and its home in Mexico City, and it will combine five techniques: multiple interview, observation, analysis of historical plans and the interpretation of five aerial pictures made between 1950 and 1999.

INTRODUCCIÓN

Desde siempre, la etnografía ha privilegiado la entrevista y la observación directa como herramientas que le permiten analizar a individuos, instituciones y agentes que, encontrándose generalmente en espacios pequeños —centros

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada en el V Encuentro de Investigadores de Culturas y Ciudades Contemporáneas (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 28 de agosto de 2000). Agradezco a Rafael Cordero y Alberto Falcón por la orientación que me han brindado en el Archivo Histórico de la ciudad de México, así como los valiosos comentarios de Magdalena Barros y Carmen Icazuriaga del CIESAS D. F.

de trabajo, comunidades rurales o barrios urbanos— están en constante interacción. Pero si bien muchos investigadores han señalado las limitaciones de dichas herramientas, pocos de ellos nos conceden alternativas para superarlas.² En el intento de encontrar y sistematizar dichas alternativas, y en el marco de una investigación intitulada “Vivienda y familia en la colonia Michoacana: una colonia de clase media del centro de la Ciudad de México”,³ he intentado reflexionar sobre los datos y las fuentes más apropiadas para sentar las bases de una etnografía que trata de contrarrestar el carácter subjetivo de la memoria humana y que no se conforme con las realidades parciales de las monografías. En pos de esos objetivos, dicha etnografía intenta servirse de diversas fuentes, como periódicos, archivos, fotografías, fichas censales, etcétera, para ayudar a la memoria, tanto la de nuestros informantes como la de los espacios urbanos en constante transformación.

En el presente documento expondré algunos resultados de esas reflexiones, centrando el interés en las ventajas y desventajas del uso de fotografías aéreas y de planos históricos como herramientas de apoyo para la comprensión de las evoluciones y las transformaciones de las viviendas urbanas.

En la primera sección se aborda el problema de la diferencia de testimonios que pueden emitir varios actores sobre un mismo hecho, explicándolo a través de la diferenciación en el proceso de construcción del recuerdo al seno de un grupo familiar, aunado a las diversas situaciones de entrevista que influyen en la producción del discurso.

En la segunda sección se observan otras limitaciones de la entrevista, las cuales tienen que ver con el paso del tiempo, sea el deceso de las personas susceptibles de contarnos la historia que queremos reconstruir, los problemas de memoria que puedan padecer los informantes por ser de edad avanzada, o el distanciamiento del entrevistado respecto del fenómeno que se quiere indagar. La diferenciación de la construcción del recuerdo, la situación de

² Alain Mayne y Susan Lawrence, por ejemplo, tratan de reconstruir la historia de Little Lon (un barrio situado en Melbourne, Australia). Los autores observan, por un lado, la escasez de datos confiables para reconstruir el contexto histórico del barrio y, por otro, una abundancia de mitos y leyendas acerca de él. Ellos proponen entonces reflexionar en torno a una “etnografía del lugar”. En este caso se trata de revitalizar el materialismo histórico a través de un riguroso análisis hemerográfico y etnográfico, que intente rescatar las particularidades de los lugares y sus zonas circundantes, conservando una serie de referencias a otros estudios locales. Asimismo, los autores sugieren aplicar algunas técnicas arqueológicas [v. Mayne, 1999].

³ Investigación en curso en el seno del CIESAS D. F. desde septiembre de 2000.

entrevistas, la pérdida de las personas susceptibles de ser entrevistadas y los límites de la memoria humana son, entonces, cuatro problemas que nos invitan a integrar a la presente investigación un conjunto de fotografías aéreas y un acervo de planos históricos de la colonia en cuestión. ¿Cuál es la utilidad de estos materiales en la reconstrucción de la historia de una casa? ¿Cuáles son sus límites? ¿Pueden estas fuentes ayudarnos a verificar las hipótesis centrales del trabajo, las cuales —como veremos en esta misma sección del artículo— tratan de comprender quiénes se apropian del espacio doméstico común y cómo lo hacen?

En la tercera sección se intentará dar respuesta a estas preguntas a través de un estudio de caso en el que se mezclan el método de la multientrevista de Oscar Lewis [1961, 1985], la observación directa, el análisis de los planos históricos con los que se proyectó la colonia Michoacana y la observación de cinco fotografías aéreas tomadas en la zona entre 1950 y 1999.

CONSTRUCCIÓN DEL RECUERDO Y LA SITUACIÓN DE ENTREVISTA: *EL EFECTO RASHÔMON*

En esta sección retomo parte de los resultados del libro *Naviguer dans le désert: Itinéraires résidentiels à la Frontière Mexique-Etats-Unis* [Zamorano, s/f].⁴ Uno de los objetivos de este trabajo fue analizar la relación entre vivienda y familia en un grupo de casas de autoconstrucción. A partir de estos análisis se llegó a comprender que, en la autoconstrucción, la producción del espacio doméstico sigue estrechamente la historia de cada uno de los miembros de la familia, pues a través de la cronología de la construcción de algunos espacios, la destrucción o el abandono de otros y las diferentes remodelaciones que tiene una vivienda a lo largo de su historia, podemos ver reflejadas las necesidades de cada miembro de la familia en materia de vivienda, así como sus momentos de crisis y de auge, tanto económicos como afectivos o emocionales.

En este trabajo me fundé en la autobiografía, el análisis de fotografías de familia y la observación directa de la vivienda (tanto de su estructura y como de los materiales de construcción utilizados). Siguiendo el método de Oscar

⁴ La información que retomo en el presente texto corresponde al capítulo VIII: "L'autoconstruction d'une maison, la construction de l'indépendance et le façonnement de la mémoire: La frêreche Henríquez".

Lewis, entrevisté a la mayor parte de los miembros de la familia y obtuve diferentes versiones de la historia familiar y de la vivienda. Así, pude corroborar tres ventajas que Lewis resalta de su método: la de validar la veracidad de ciertos hechos, la de contrabalancear el carácter subjetivo inherente a la autobiografía y la de conocer la diferenciación en la producción de los recuerdos de cada uno de los entrevistados [Lewis, *op. cit.*].

En las diferentes versiones registradas se identificó una especie de columna vertebral que guiaba y articulaba las historias de la casa. Esta columna permitió escribir una historia coherente de las casas estudiadas. Sin embargo, encontré ciertos problemas relacionados con el tercer punto que señala Lewis: el proceso de construcción del recuerdo.

“¿Ves este muro? Yo lo construí con mis propias manos”. Ésta era más o menos la frase que me confiaba la mayoría de los miembros de la familia Henríquez⁵ sobre el muro más bello y mejor construido de la casa. ¿Se trataba de lo que los antropólogos llaman “puesta en escena”? ¿Sería acaso una mentira? ¿Sería una cuestión de mala memoria?

Puesto que esos tres fenómenos se producen invariablemente en cualquier entrevista o en cualquier trabajo de representación de sí mismo a través de la palabra, me inclino a pensar que las diferencias en los testimonios se ligan también a dos cuestiones ineludibles: las características inherentes a la construcción del recuerdo y a las diversas situaciones de entrevista que podemos experimentar. En efecto, cada miembro de la familia parece interiorizar la historia de su familia y de su vivienda de una manera individualizada.

Asimismo, el modo de expresar esta historia de manera verbal es bastante personalizado.

Las discordancias entre tales testimonios me hacen pensar en algo que, siguiendo de nuevo a Lewis [1985] podemos llamar “el efecto Rashômon”. Tal efecto hace alusión a la célebre película de Kurosawa⁶ que me permito recordarles: la historia se sitúa en Japón, exactamente en Kyoto, hacia finales del siglo XIX. Un monje, un leñador y un soplón esperan bajo la puerta de Rashô (entonces en ruinas) a que una tempestad se calme. Mientras tanto, comentan un proceso penal que acababa de tener lugar en la ciudad contra Tajômaru,

⁵ Como lo exige la ética antropológica, los nombres aquí presentados son ficticios, a fin de preservar el anonimato de mis informantes.

⁶ Se trata de la obra filmográfica “La puerta de Rashômon” que, en 1950, le valió a Kurosawa la Palma de oro en el Festival de Cannes.

acusado de haber asesinado a Kanazzawa. Éste último y su esposa paseaban en el bosque cuando Tajômaru los abordó y, después de amagar al marido, abusa de la mujer. Hasta ahí, las declaraciones parecen concordar. Pero, para saber quién perpetró el asesinato y, sobre todo, cuáles fueron sus motivos y circunstancias, surgen serios problemas porque los testimonios recabados —cada uno de ellos con una coherencia sorprendente— divergen demasiado.

Dichos testimonios hacen pensar que no sólo el acusado podría ser culpable, sino también el soplón (quien afirma haber presenciado la escena) y la esposa de Kanazzawa. La trama da a pensar que incluso pudo haberse tratado de un suicidio. El monje, contrariado ante esas adversidades, se pregunta: “¿Nadie es capaz de decir la verdad? ¿Hay que perder la confianza en la verdad y en la humanidad?” El soplón, un personaje irónico, responde: “No es que ellos no quieren decir la verdad. Ellos no son capaces de verla, pues la verdad es demasiado dolorosa”.

Como en la puerta de Rashô, cada miembro de la familia Henríquez pronunció testimonios muy diferentes a propósito de la historia de su casa. Yendo en el sentido del soplón de Kurosawa, la explicación de estas divergencias se puede encontrar en los pasajes sumamente dolorosos —proclives a querer ocultar u olvidar— que vivió la familia después del alumbramiento de varios hijos ilegítimos por parte de las hijas, del alcoholismo del padre y la huida de la madre. Pero la propuesta de Kurozawa y los resultados de este trabajo parecen ir más lejos, invitándonos a considerar dos cuestiones estrechamente interrelacionadas: la construcción de la memoria individual en un marco colectivo y la edificación del testimonio, que además de tener que ver con la memoria, se explica por las circunstancias específicas en que se da una entrevista.

Respecto al primer punto, es posible decir junto con Josette Coenen-Huther que “ninguna memoria individual se parece a otra ni abarca enteramente ninguna memoria colectiva” [Coenen-Huther, 1994:19]. Esto quiere decir que existe una manera individual de apropiarse de la memoria colectiva que, en el caso de la familia Henríquez, observamos de manera contundente debido a que la familia está bastante fragmentada. Por dicha fragmentación —aun viviendo bajo el mismo techo e incluso en hacinamiento— el proceso de construcción de recuerdos se convirtió en un acto individualizado al extremo.

Pero el caso de la familia Henríquez no es excepcional. Podemos decir incluso que, en familia, esta forma individualizada de aprehender la historia colectiva es una regla. Ciertamente, la familia —el marco social de la memoria donde

domina la oralidad [Le Wita, 1984:57 y ss]— es donde se produce y se transmite la memoria familiar. Pero esto no impide que cada miembro de la familia produzca su propia historia a partir de lo que ha visto, entendido, sentido e imaginado, tanto al interior como fuera de su espacio doméstico.⁷

En la construcción de su memoria, el individuo “escoge” de manera consciente o inconsciente lo que retendrá, lo que olvidará, lo que quiere contar y cómo remplazará los hechos que ha olvidado o que ha decidido guardar para sí mismo (sea utilizando palabras o guardando silencio). Por este motivo la divergencia de testimonios no se explica únicamente por la manera individual con la que nuestros informantes pueden captar la historia colectiva, sino también por la manera en que ellos quieren o pueden contarnos su propia historia. En este sentido, el caso de la familia Henríquez me convenció de que la historia se vive en el presente y no se cuenta con facilidad a una persona extraña que viene a indagar sobre su vida. Esto significa que nuestros informantes nos contarán una historia claramente permeada por tres factores interrelacionados: las inquietudes que ocupan su espíritu al momento de nuestro encuentro, la idea que quieren transmitir de ellos mismos y la representación que se hacen de nosotros como encuestadores o personas.

La consideración de estos problemas, inherentes a la memoria y a la palabra, nos conduce entonces conceder mayor importancia a las diversas situaciones de la entrevista que se nos puedan presentar. Es decir, tenemos que aprender a escuchar las palabras, los silencios y los sobreentendidos, y a obtener elementos para analizar esos tres factores que acabo de señalar: las preocupaciones inmediatas de nuestros interlocutores, la representación que nos quieren transmitir ellos mismos, así como la representación que se hacen de nosotros.

Con estos tres elementos se origina una especie de alquimia con los entrevistados, produciendo en cada vez una situación de trabajo particular que debemos tomar en consideración tanto durante el análisis como a la hora de presentar nuestros resultados de campo.

Vimos así dos problemas centrales de la entrevista: la diversidad de formas con la que los individuos retienen en su memoria un mismo fenómeno o hecho, y el sesgo de la información que provoca la situación de la entrevista.

⁷ Esta manera individual de ampararse de la historia colectiva debería ser tomada en consideración cuando emprendemos la tarea de captar la historia de una casa (o de un fenómeno social más amplio) a partir de la entrevista, y también cuando, con esta meta, pretendemos retener como informador privilegiado a un miembro de la familia más que a otro. En fin, cuando queramos considerar a la familia como un todo homogéneo e indivisible.

A pesar de estos problemas, me parece que la entrevista, esta memoria que se transmite por la oralidad, difícilmente podría ser reemplazada en los estudios etnográficos. La entrevista constituye nuestra fuente principal y, por ello, me parece indispensable realizar un análisis objetivo de las subjetividades que la componen. Pero, ¿qué hacer cuando prescindimos de una buena parte de estas memorias vivas?

LAS NUEVAS CONDICIONES Y PRETENSIONES DE LA INVESTIGACIÓN

En efecto, en mi estudio de Ciudad Juárez tuve la fortuna de encontrarme con la mayor parte de los miembros de las familias analizadas y que ellos mostraran muy buena disposición para recibirme durante varios días en su casa, para dejarme visitar todos los rincones de sus casas y, sobre todo, para permitirme escuchar sus testimonios. Empero, en el trabajo que realizo actualmente en el centro de la ciudad de México me he expuesto a otras condiciones de investigación, ligadas principalmente a la amplitud del periodo que pretendo estudiar, el cual es de 68 años. Veamos algunas características de la colonia Michoacana antes de explicar las nuevas condiciones y pretensiones de la investigación.

LA COLONIA MICHOACANA: SUS FAMILIAS, SUS VIVIENDAS Y EL ENTORNO URBANO

La colonia Michoacana fue creada en 1936 por unas 200 familias originarias de diferentes estados del país que dependían, en su mayor parte, de la naciente industria de la capital. Por medio de créditos moderados, el gobierno de Lázaro Cárdenas les asignó pequeñas casas individuales que, con el paso del tiempo, cada familia fue transformando en función de sus necesidades y de sus posibilidades, al grado que en la actualidad un observador desprevenido no podría imaginar que las viviendas tuvieron un pasado común hace 68 años.

Esta colonia se ha caracterizado por tener una población bastante cohesionada, una singularidad que a la vez es producto y productora de cierto grado de estabilidad. Hay familias de cuatro generaciones en las que al menos uno de los miembros de cada generación ha vivido en la colonia. A pesar de esta relativa estabilidad, es posible constatar una progresiva sustitución de la clase obrera fundadora por una clase media. Por una parte, las familias instaladas en fechas recientes —por lo general compradoras de su vivienda— parecen tener una situación económica más holgada que los

pioneros de la colonia. Por otra parte, los hijos de aquellos obreros de los años treinta, asistiendo a lo que fue denominado “milagro mexicano”, vivieron un sensible ascenso social gracias al ejercicio de profesiones liberales y del comercio. Algunos de ellos se desplazaron hacia suburbios construidos durante los años sesenta y setenta, mientras que otros se quedaron en la colonia, construyendo y reconstruyendo ese viejo espacio.

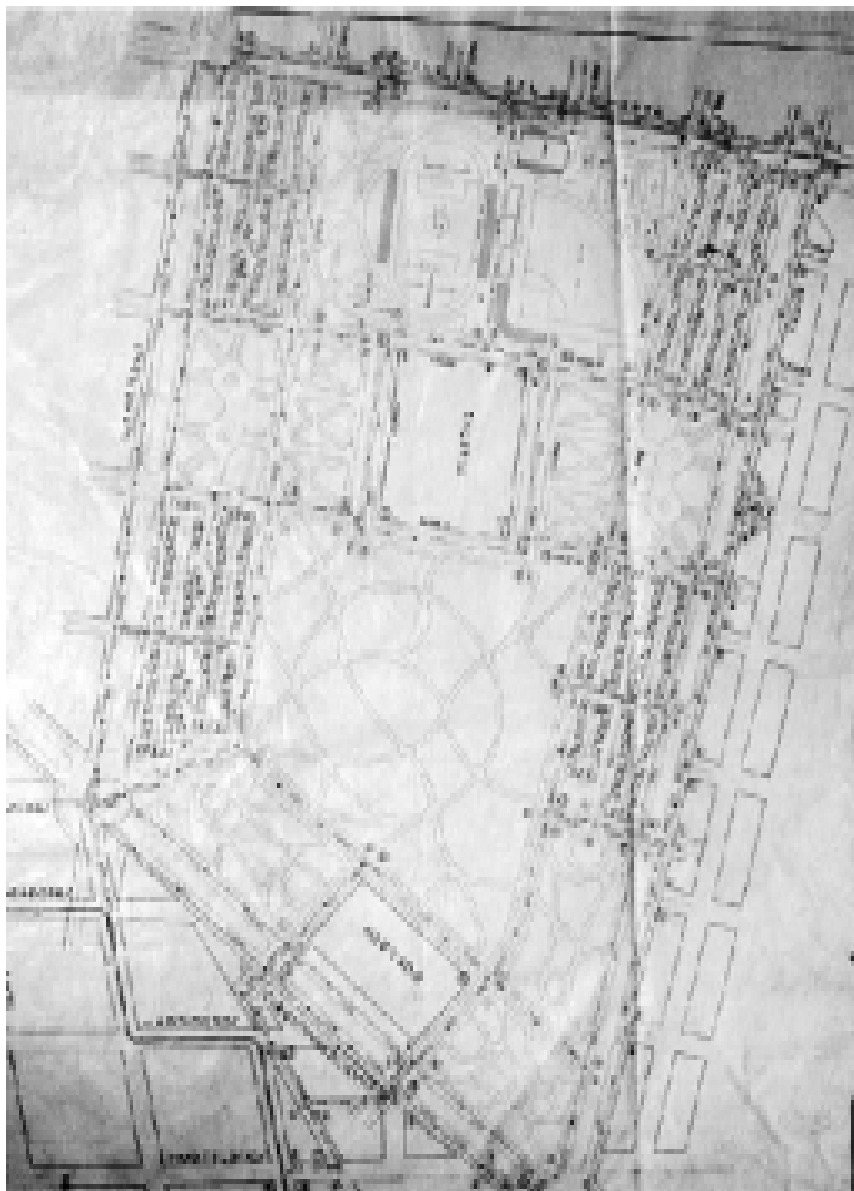
La colonia y las casas fueron diseñadas respectivamente por los arquitectos Orozco y Legarreta, quienes formaban parte del movimiento autodenominado “Los Arquitectos Radicales”. Se trataba de un grupo de intelectuales con aspiraciones socialistas quienes, durante los años treinta, lograron poner en práctica algunas de sus concepciones gracias a los postulados que seguía el Estado revolucionario [v. Sánchez, 1999:65 y ss]. El diseño de la colonia Michoacana es, entonces, una especie de utopía socialista que casi encontró su lugar en la actual delegación Venustiano Carranza. Al ser concepción especial de la arquitectura, destinada a las familias obreras, en los planos se observan grandes jardines, escuelas, centros comunitarios y deportivos, áreas verdes, etcétera. Casi 80% del espacio estaba destinado a estas instalaciones. Asimismo, se proyectaron ocho modelos de casas, de los cuales tres se vieron cristalizados en la colonia. Los modelos 2 y 3, que se ubicaban en algunas esquinas y contaban con dos plantas, y el modelo Z, más modesto, que contaba con una sola planta. Los tres modelos mencionados tenían una característica en común: estar asentados sobre 40 o 50% de lotes que medían entre 105 y 140 metros cuadrados.

Sesenta y cinco años más tarde, el devenir del paisaje urbano de la colonia es más bien decepcionante, sobre todo en materia de áreas verdes y espacios abiertos que fueron consumidos poco a poco por la urbanización, dejando únicamente un deportivo que, aunque es bastante espacioso, tiene poco que ver con el diseñado por los arquitectos.

Por el contrario, los resultados son estimulantes en materia de educación: además de las instalaciones de la Vocacional 5, abundan los jardines de niños, las secundarias y las escuelas primarias, entre las cuales figura la escuela Michoacana, el nicho del proyecto de educación socialista de Lázaro Cárdenas.

En materia de vivienda los resultados parecen apasionantes: al interior de los lotes el espacio construido aumentó de manera vertiginosa, dejando escasos recuerdos de los amplios patios que componían las viviendas y aprovechando los techos de loza para construir segundos, terceros y hasta cuartos pisos. Según la fotointerpretación realizada, el espacio construido en los lotes de las casas aumentó cerca de 400% entre 1936 y 1999.

PLANO DE CONJUNTO DE CASAS PARA OBREROS
DE LA VAQUITA (AHORA COLONIA MICHOACANA)



Fuente: DDF, Dirección de obras públicas, Oficina de planeación, *Plano de conjunto de casas para obreros en terrenos de La Vaquita*, firma del arquitecto F. Orozco G., México, D. F., junio de 1935.

FOTOGRAFÍA AÉREA DE LA COLONIA MICHUACANA EN 1999



Fuente: INEGI, 1999.

LA INVESTIGACIÓN: ALGUNAS HIPÓTESIS DE TRABAJO

Justamente sobre la transformación de los espacios construidos al interior de los lotes se forja el interés central de esta investigación. En ella, se intenta comprender la interacción que se establece al interior de la familia y los papeles que desempeñan cada uno de sus miembros en los procesos de construcción y apropiación del espacio doméstico común. La hipótesis central dice que la vivienda —su forma y su distribución— es el producto de la interrelación entre tres tiempos: el individual, el familiar y el social. Las hipótesis secundarias también son tres:

- 1) En el proceso de producción de la vivienda, la división del trabajo se realiza según los papeles simbólicos, económicos y morales que cada miembro asume en los diferentes momentos de su ciclo de vida.
- 2) La apropiación de este espacio se realiza también de manera individual y diferenciada, según el papel de cada miembro y el ciclo de vida familiar e individual: si bien en las primeras fases los padres la coordinan, más tarde, mientras algunos hijos dejan la casa paterna, otros hacen suyas ciertas partes de ésta para convertirlas en lugares de producción de recursos (talleres, comercios, etcétera), o bien para hacer de ellas un espacio de reproducción (vivienda compartida).
- 3) En esa combinación de tiempos individuales, familiares y sociales no existe sincronía alguna. Es decir, esas realidades y tiempos no andan al mismo paso y las influencias no son unilaterales, directas ni regulares. Existe más bien una pluralidad de temporalidades y de cronologías que nos permite comprender que, si los fenómenos macrosociales se explican a partir de ciertas coyunturas, los tiempos familiares e individuales responden a cronologías y lógicas distintas. Incluso la comprensión de estas lógicas y cronologías podría permitirnos una nueva lectura de algunos fenómenos macrosociales, como la estructuración de los mercados de la vivienda, la dinámica urbana de crecimiento y las políticas urbanas mismas.

LOS BEMOLES DEL TIEMPO Y LA DISTANCIA: LAS CONDICIONES DE ENTREVISTA

Uno de los primeros días de trabajo de campo, cuando conversaba con la señora S. en el umbral de su puerta, pasó un vecino que, desde lejos, le recordó que a las ocho de la noche tenían cita para rezar el rosario del señor V.

“Figúrate niña”, comentó la señora S. tratando de reanudar el diálogo que habíamos establecido, “el señor V. falleció hace unos días, era uno de los últimos fundadores que estaba aquí con nosotros”. Al oír esta frase sentí que una buena parte de mi investigación se había perdido. Aunque logré contactar a varios de los hijos de los pioneros, los agentes susceptibles de contarme con más detalle los orígenes de la colonia y sus evoluciones “ya no están con nosotros”.

Un problema adicional, del que me percaté en algunas entrevistas, es que los hijos de esos obreros de los años 30, con edades comprendidas entre los 60 y 70 años, comienzan a padecer algunos problemas de memoria. Así, su discurso es un tanto desordenado y los acontecimientos parecen no tener fechas. Otros entrevistados glorifican de manera desmesurada la memoria de la colonia o se detienen mucho tiempo en anécdotas personales que, aunque no dejan de ser interesantes, se desvían del interés central de la entrevista. En otros casos, los hijos de los obreros que salieron de la colonia desde hace varios años, aunque emiten discursos muy elocuentes, por la distancia que tienen respecto de su antigua morada y de su entorno, olvidan una buena parte de su historia.

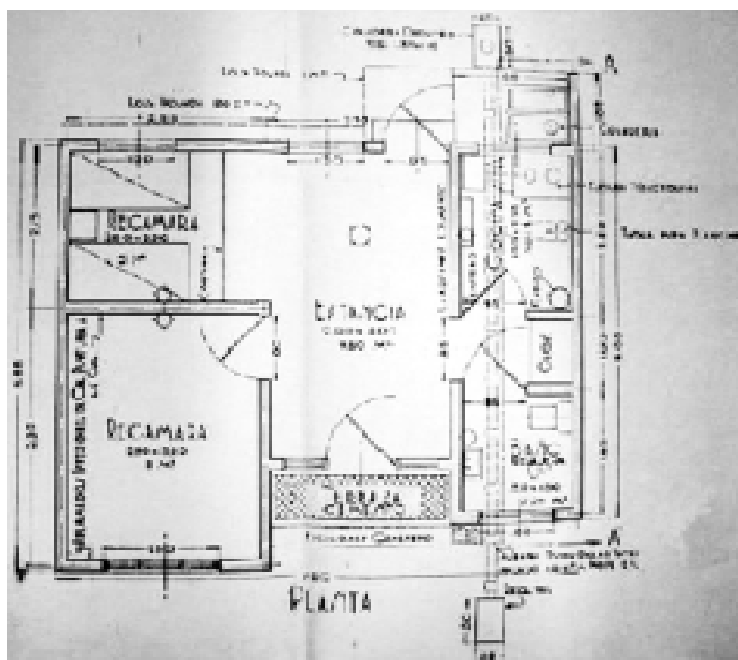
En resumen, podemos decir que cuando se trata de reconstruir alguna historia de “largo alcance” (más de 50 años) con métodos etnográficos, corremos el riesgo de haber perdido a un buen número de nuestros interlocutores idóneos, que en este caso son los fundadores de la colonia. Otro problema ligado a esta periodicidad tiene que ver con los límites de la memoria humana y con los efectos del olvido.

Considerando estos problemas, me parece más necesario que nunca complementar las voces humanas con “voces de papel” procedentes de diferentes fuentes: archivos, hemerotecas, trabajos realizados por otros autores en ésta y otras colonias, así como de planos históricos y fotografías aéreas (que es el tema de este artículo).

Tratemos de evaluar la utilidad de estas fuentes alternativas analizando la historia de una familia, que nombraremos Zapata, y su vivienda. En este caso ya fallecieron tanto el padre de familia (quien consiguió el crédito para adquirir la vivienda) como la madre (quien, según las entrevistas, asumió un papel central en la toma de decisiones en materia de la vivienda). Además, como veremos más adelante, sus hijos (que tienen ya entre 65 y 78 años) dejaron de vivir en la colonia desde hace una veintena de años o más, aunque la visitaban frecuentemente mientras su madre vivió ahí (hasta 1984). Después, los miembros de la familia conservaron tenues lazos de amistad

con algunos vecinos. Se ven entonces dos condiciones de investigación medianamente adversas: la pérdida de los padres fundadores y un distanciamiento (aunque moderado) de los hijos respecto del espacio que los vio crecer. A pesar de ello, insistí en entrevistar a los tres hijos de la familia, a la esposa de uno de ellos y a una nieta. Es importante señalar que yo conocía a la familia Zapata desde mi infancia, lo que me permitió entablar con ellos una relación con relativa facilidad. No obstante, es indudable que la proximidad creó algunos sesgos de información en los que no me detendré en este artículo para poder concentrarme en la utilización de fuentes alternativas.

PLANO DE VIVIENDA TIPO Z



Fuente: DDF, Dirección General de Saneamiento Urbano y Obras Públicas, Proyecto de casas para obreros, firma Legarreta, 1934.

Una de las partes centrales de las entrevistas instaba los interlocutores a mencionar los cambios en el espacio construido y tanto los actores como las razones que los condujeron. En la mayoría de las entrevistas nos apoyábamos en una copia del plano original de la casa, lo que nos permitió tener una guía de conversación. Las fechas de las transformaciones efectuadas en el espacio

eran recordadas con dificultad, y se ubicaban más bien a partir de eventos familiares como el nacimiento de tal hijo, la pérdida del empleo, un casamiento, etcétera. Por este motivo, la elaboración de la genealogía familiar resultó esencial. Las historias emitidas por los entrevistados coincidían bastante, aunque algunos eventos eran sustituidos por expresiones como “no me acuerdo” o “pregúntale a mi hermano”. Con los puntos más relevantes de cada testimonio construí una historia única de la casa, que fui plasmando en croquis y cotejado con las fotografías aéreas de los diferentes años. Veamos entonces los resultados de este procedimiento.

LA FAMILIA ZAPATA: UN ESTUDIO DE CASO

La familia Zapata llegó de Tampico a la ciudad de México en 1929. A decir de uno de los hijos, la inmigración se dio por causas familiares. Sin embargo el otro hijo sostiene que llegaron a la capital después de que el padre de familia vivió algunos conflictos sindicales en la compañía petrolera El Águila, donde tenía un puesto de confianza. La familia del señor Zapata lo recibió con una oferta de trabajo en una fábrica de juguetes y con la posibilidad de ocupar un cuarto de vecindad en la colonia Morelos. Siendo empleado regular, el señor Zapata cubrió fácilmente los requisitos necesarios para solicitar un crédito de vivienda, obteniendo en 1936 una casa del tipo Z, el modelo más difundido en la colonia por su sencillez y su bajo costo. La vivienda contaba con un baño, una cocina, una estancia y dos recámaras, y estaba asentada sobre 40% de un lote que medía 7.5 metros de ancho y 16 metros de largo.

Los principales representantes del movimiento de Arquitectos Radicales comulgaban con ciertas ideas higienistas del primer mundo, que intentaban introducirse a los hogares obreros y definir las pautas de su comportamiento habitacional. Además, la regencia de la ciudad —que se encargaba del financiamiento— trató de definir el perfil que debían cumplir los usuarios: habrían de tener un empleo estable, estar casados (y de preferencia tener hijos) y tener entre 25 y 50 años de edad [DDF, 1934:69].

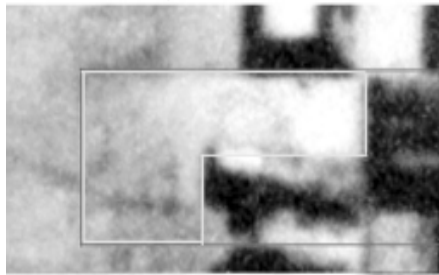
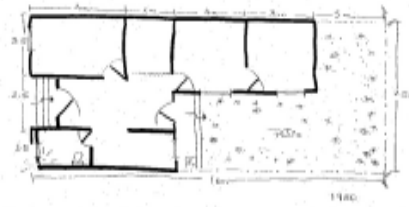
Sin embargo, una vez obtenida la vivienda, la familia adaptó el espacio a las necesidades y a las prácticas familiares. En primer lugar, el patio, que los arquitectos diseñaron expresamente para el sembrado de hortalizas [v. Villagrán, 1989:530], fue rápidamente ocupado por un gran gallinero destinado a la cría de diversas aves para fines de autoconsumo e intercambio con los vecinos. Un segundo aspecto, y más importante también, tiene que ver con la estructura de la vivienda y de la familia. Las viviendas —con una con-

cepción bastante europea o estadounidense— estaban diseñadas para alojar familias nucleares y completamente proletarizadas. Al parecer, las familias de la colonia difícilmente cumplían con esta característica. En los finales de los años treinta, en un periodo de intensa inmigración hacia la ciudad de México, los fundadores de la colonia eran los primeros o los segundos eslabones de las diferentes cadenas migratorias familiares y, por gozar de un amplio espacio, se veían obligados a recibir en su hogar a sus parientes provincianos que emprendían la aventura de la inmigración.



El señor E. explicó con detalle cómo, a causa de esta tradición de solidaridad entre parientes, los espacios que los arquitectos habían diseñado originalmente para estancia, cuarto de los hijos, cuarto de los padres, cocina, etcétera, estaban frecuentemente ocupados por los “allegados” (como él los llamaba). A finales de los años cuarenta, debido a esta práctica solidaria entre los parientes y al crecimiento de los hijos (que para entonces ya tenían entre 18 y 24 años), se tuvieron que construir dos nuevas habitaciones en el patio. Así, 14 años después de haber ocupado la casa, es posible ver en la fotografía aérea de 1950 las dos piezas adicionales y, observando la opacidad del material, podemos imaginar que la segunda pieza acababa de ser construida. Al contrario de las familias pobres de Ciudad Juárez, donde se observa una fuerte inversión física y material por parte de casi todos los miembros de la familia en la construcción del espacio doméstico común, en esta familia notamos que, más que un caso de autoconstrucción, se realizaron pequeñas construcciones bajo comanda, en las que se confiaba el trabajo a un albañil. El padre tomaba por su cuenta los gastos de construcción y la madre se ocupaba de organizar y vigilar a los avances de la obra.

Las remodelaciones se fueron encadenando con otras necesidades familiares, especialmente con el alojamiento de los hijos recién casados. Mientras que la hija mayor, que se casó aproximadamente en 1955 y se fue a vivir al extranjero, y los sobrinos “allegados” tomaron su rumbo también por esos años, los dos hijos varones pasaron algún tiempo en esa casa después de su matrimonio. El hijo H. se casó en 1957 y vivió en la casa durante cuatro años; el hijo E. se casó en 1958 y vivió en algunas casas de renta, pero regresó a la casa de sus padres entre 1958 y 1961, mientras le entregaban su departamento en propiedad. Así, en la fotografía de 1963 vemos que la vivienda cuenta con una nueva pieza al fondo del patio. También podemos observar que, lo que originalmente era una terraza semiabierta en la entrada, fue cubierta con un techo.

CROQUIS Y FOTOGRAFÍA DE 1950

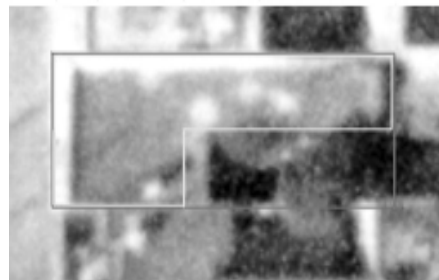
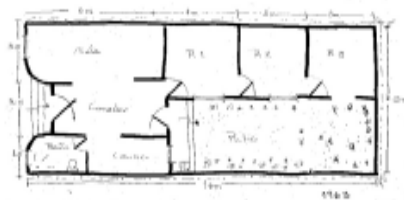


Simbología



-  Límite espacio construido
-  Límite de lote

Fuente: Campo, 2002 y fotografía ICA, 1950.

CROQUIS Y FOTOGRAFÍA DE 1963



Simbología

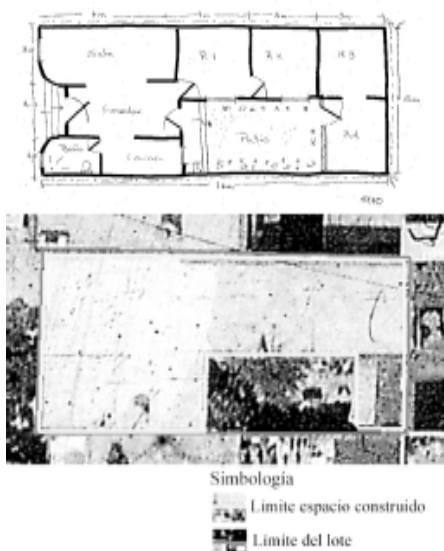
-  Límite espacio construido
-  Límite de lote

Fuente: Campo, 2002 y fotografía ICA, 1963.

Según las entrevistas sabemos que durante los años cincuenta la familia Zapata ya no se preocupó únicamente de extender el espacio construido, sino también de que ésta fuera cómoda y bella. Se amplió el baño hasta el ras de la calle, se instalaron cancelas de hierro fundido y se suprimieron las dos recámaras que los arquitectos habían diseñado originalmente para crear una amplia sala de 3.5 metros de ancho por seis de largo. La sala, el comedor, el baño, la cocina y el patio eran espacios de uso común de esta familia extendida, y cada cuarto era ocupado por una célula familiar: la recámara 1 era ocupada por los padres, la 2 por el hijo E., su esposa y sus hijos, y la 3 por el hijo H., también acompañado por su esposa y sus hijos.

En esos momentos, aunque la remodelación de los espacios se adaptaba a la nueva fase de ciclo de vida de los hijos, ellos no parecen haber intervenido en la toma de decisiones respecto de la casa. Sin embargo, entregaban una buena parte de sus salarios a la madre, quien los distribuía entre los gastos corrientes y las inversiones en la casa.

CROQUIS Y FOTOGRAFÍA DE 1977

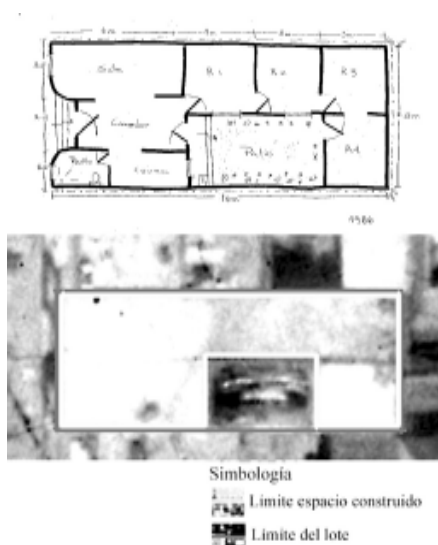


Fuente: Campo, 2002 y fotografía ICA, 1977.

El señor Zapata falleció en 1961, y durante la primera mitad de los años sesenta los hijos dejaron la casa. En la vivienda quedó solamente la viuda Zapata, quien recibía constantemente a sus nietos durante periodos de uno o dos años y quien, a su vez, arrendaba la recámara 3 del fondo del patio y un pequeño cuarto de madera (que originalmente servía para guardar herramientas y utensilios) convertido por sus inquilinos en cocina y comedor.

Vemos entonces que la vivienda se convierte no sólo en un espacio de reproducción familiar, sino de producción de recursos financieros que benefician la economía de la viuda. Esta situación termina entre 1975 y 1978, cuando la viuda Zapata despidió a sus inquilinos para recibir de nuevo a su hijo H., quien, para poder pagar el enganche de una nueva vivienda, tuvo que vender los dos departamentos que poseía.

CROQUIS Y FOTOGRAFÍA DE 1985



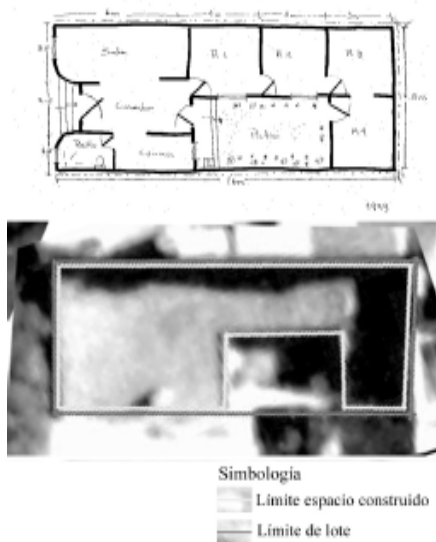
Fuente: Campo, 2002 y fotografía ICA, 1985.

Los inquilinos regresaron a finales de la década de los setenta para ocupar las piezas 2 y 3, y además mandaron a construir (no se sabe si a cuenta de renta) una pieza de tabique y techo de loza, en el lugar donde antes estuvo el cuarto de madera 4.

En 1984, la viuda Zapata enfermó y fue recibida por su hijo H. en la nueva casa de éste. Los inquilinos ocuparon entonces toda la casa y más tarde,

después del sismo de 1985, aprovechando el programa “Casa Propia”,⁸ la compraron. En la fotografía de 1985, vemos la cuarta recámara y vemos también cómo el amplio patio quedó reducido a casi nada.

CROQUIS Y FOTOGRAFÍA DE 1999



Fuente: Campo, 2002 y fotografía INEGI, 1999.

En la fotografía de 1999 podemos observar que no hubo cambios importantes en la estructura de la vivienda. Más bien, los nuevos propietarios parecen haberse empeñado en su mantenimiento y, dejando tal cual el diseño y los detalles realizados durante los años sesenta por la familia Zapata, tienen la casa en buenas condiciones. En contraste, en esta fotografía vemos unas sombras que cubren buena parte de los techos de la casa. Esto se debe a la construcción de segundos y terceros pisos en las casas vecinas.

⁸ Este programa fue instaurado a mediados de los años ochenta y otorgaba facilidades legales y financieras para que los inquilinos que tuvieran más de cinco años de antigüedad en una casa pudieran hacerla de su propiedad.

LOS PLANOS HISTÓRICOS Y LAS FOTOGRAFÍAS AÉREAS: UN PRIMER BALANCE DE SU UTILIDAD

La diferenciación en el proceso de construcción del recuerdo, el sesgo de la información producida por las diversas situaciones de entrevista, la muerte de las personas susceptibles de contarnos la historia de la casa y los límites de la memoria humana, son cuatro factores que pueden restringir los alcances de la entrevista como herramienta para la reconstrucción de una historia, en este caso la historia de una familia y de su vivienda. Estas limitaciones me invitaron a integrar dos fuentes alternativas a mi investigación: planos históricos y fotografías aéreas. En este breve ejercicio apreciamos cómo se pueden combinar estas dos fuentes con la entrevista y la observación directa. A partir de este ejemplo me parece posible emitir algunas opiniones sobre mis dos herramientas.

En lo que respecta al vasto acervo encontrado en la planoteca del Archivo Histórico de la ciudad de México, no puedo más que expresar mi sorpresa. A decir verdad, ignorando la especificidad de la colonia Michoacana, jamás imaginé toparme con estos planos, que confieren a esta investigación una dimensión social y política, a mis ojos nueva e interesante. Este material, junto con aquél que nos habla de la creación de tres colonias similares, nos introduce al debate higienista de los años treinta y a los orígenes de la construcción del “Estado benefactor” posrevolucionario. Asimismo, la confrontación entre el proyecto diseñado por los Arquitectos Radicales y la realidad actual nos permite entrar en la discusión sobre la adaptación o inadaptación de las familias a la arquitectura oficial, una polémica que ya se da en los estudios sobre los conjuntos de departamentos de interés social [v. Villavicencio, 2000:193].

Sin embargo, estas fuentes archivísticas también tienen sus límites: deteniéndose al momento específico de la creación de la colonia; ellas nos muestran una coyuntura o un gran evento, en el sentido de Fernand Braudel. No obstante, con la excepción de algunos datos encontrados en el Archivo General de la Nación sobre problemas con los servicios, venta y urbanización de lotes vecinos y la organización de los colonos para actos cívicos y políticos, los datos no nos permiten observar la acción cotidiana de los agentes que construyen y reconstruyen el espacio. Estas acciones, silenciosas y casi imperceptibles, sólo se encuentran en entrevistas repetidas con los moradores y ex moradores de la colonia y, para ello, las fotografías aéreas pueden ser de ayuda.

En diversas agencias responsables de vuelos fotométricos se encontró una serie bastante amplia de fotografías aéreas de la zona: 17 fotografías tomadas desde 1936 hasta 1999. Las escalas varían entre vuelos bajos de 1:3000 o 1:4000 a vuelos muy altos de 1:37 000. Logré homogeneizar buena parte de las escalas de las fotos gracias a un escáner de alta resolución, pero el material sigue siendo desigual.

Aunque el material fotográfico es sugerente, ahora me doy cuenta de que quizá yo esperaba extraer más riqueza de esta información. La inquietud de analizar este material nació a raíz de una discusión con Farid Abachi, estudiante de doctorado en la École de Hautes Études en Sciences Sociales, quien realiza una investigación sobre el desarrollo urbano del sur de Túnez [Abachi, 1988:409 y ss]. Tratando de reconstruir las historias de las viviendas y de las familias en esta zona, Abachi enfrentó serios problemas durante sus entrevistas, las cuales estaban ligadas a la tradición y a la religión de su país; por ejemplo, el único interlocutor posible era el hombre-jefe de la familia. Además, los espacios domésticos no podían ser visitados más que en los momentos en que las mujeres estuvieran ausentes, es decir, rara vez se daba tal situación. Dados estos obstáculos, Abachi fundó la mayor parte de su reflexión en las fotografías aéreas, y durante nuestra discusión casi me persuadió de que esta herramienta, junto con la observación directa, podía sustituir a la entrevista. ¿Qué tan legítimo es este juicio?

El ejercicio expuesto no concede una legitimidad absoluta a esta afirmación, al menos no para un trabajo como el presente, que no sólo pretende indagar sobre la historia de la casa, sino también sobre sus actores y sobre los posibles acuerdos y tensiones que se dan al interior de un grupo familiar en la construcción, la asignación y la apropiación de los espacios domésticos comunes. En este sentido, me parece imposible sustituir la historia que nos dice el concreto por la historia obtenida a viva voz. Efectivamente, las piedras no transfiguran la realidad como lo pueden hacer nuestros informantes. Pero sólo la entrevista puede aleccionarnos sobre el proceso de producción y de apropiación de este espacio, sobre las razones y los intereses que intervinieron a cada momento durante las constantes transformaciones de la vivienda.

Las fotografías aéreas pueden ayudarnos a constatar algunos eventos e, inclusive, a fecharlos. Pero esta fuente no puede servir más que como una guía y una tela de fondo de las entrevistas. Además, se trata de una guía o una tela de fondo que es preciso tomar con prudencia, pues la fotografía establece una especie de autoridad tanto para los entrevistados como para nosotros los investigadores, lo que en ocasiones podría hacernos adaptar

nuestro discurso a lo que vemos frente a nosotros. A partir del caso de la familia Zapata se puede sugerir que el mejor procedimiento consiste en entrevistar a las personas de manera poco dirigida y sin fotografías, para realizar posteriormente una segunda entrevista, en la que se muestren las fotos y se invite a las familias a hacer comentarios sobre fechas, acontecimientos y los actores que hicieron de ese espacio lo que hoy se ve.

De este modo, podemos concluir que nuestras fuentes en cuestión sí pueden ser buenas herramientas para reconstruir la historia de una casa e incluso un espacio urbano más amplio, como el de una colonia. Pero ellas siguen siendo herramientas de apoyo a la entrevista, la cual, como lo señalé más arriba, es difícilmente sustituible en los estudios etnográficos. Ésta constituye nuestra fuente principal y, por ello, como ya lo señalé, es indispensable efectuar un análisis objetivo de las subjetividades que la componen. Aun así, esto me hace regresar a una pregunta fundamental que había expresado antes: ¿qué hacer cuando prescindimos de una buena parte de estas memorias vivas? Aún no creo haber encontrado una respuesta definitiva, pero las alternativas que exploro en el presente texto me parecen ser un buen comienzo.

BIBLIOGRAFÍA

Abachi, Farid

1988 "Histoires d'habiter: enquête sur des perceptions vernaculaires", en Dakhliya, Jocelyne (ed.), *Urbanité Arabe. Hommage à Bernard Lepetit*, Sindbad-Actes Sud, pp. 409-430.

Coenen-Huther, Josette

1994 *La mémoire familiale*, París, L'Harmattan, collection Logiques sociales, 268 p.

DDF

1934 *El Departamento del Distrito Federal y la habitación para empleados y obreros*, México, D. F., Imprenta Mundial, 91 p.

Le Wita, Beatrix

1984 "La mémoire familiare des Parisiens appartenant aux classes moyennes", en *Ethnologie française*, vol. XIV, núm. 1, París, pp. 57-66.

Lewis, Oscar

1961 *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia Mexicana*, FCE, 638 p.

1985 (1961) *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, México, FCE.

Mayne, Alain y Susan Lawrence

1999 "Ethnographies of Place: A New Urban Research Agenda", en *Urban History*, núm. 26-3, Estados Unidos, Cambridge University Press, diciembre, pp. 325-348.

Sánchez Ruiz, Gerardo

1999 *La ciudad de México en el periodo de la Regencias 1929-1997*, México, Gobierno de la ciudad de México, UAM-Azcapotzalco.

Villagrán García, José

1989 *Teoría de la arquitectura*, México, UNAM, 530 p.

Villavicencio, Judith (coord.)

2000 *Condiciones de vida y vivienda de interés social en la ciudad de México*, México, Porrúa/UAM-A, 193 p.

Zamorano Villarreal Claudia C.

s/f *Naviguer dans le désert. Itinéraires résidentiels á la frontière Mexique-États-Unis*, París, Credal-Iheal.

